

MEDITACIÓN F

5. El Espíritu Santo y sus 7 dones



¿De dónde viene la enseñanza sobre los dones del Espíritu Santo? Su fundamento se encuentra en el profeta Isaías. En la sinagoga de Nazaret, Nuestro Señor abre el libro sagrado: «Descansará sobre él el Espíritu de Yahvé; espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza...» Antes de sentarse, Nuestro Señor comenta: «Hoy esta Escritura se ha cumplido delante de vosotros.»

A partir de entonces, Cristo insiste repetidamente en el hecho de que el Espíritu que nos envía es su Espíritu, por lo tanto, un aliento divino. El Espíritu Santo, tercera persona de la Trinidad, el mismo Espíritu unido a Nuestro Señor, es verdaderamente el que nos es comunicado con sus 7 dones. Es el septenario sagrado del que habla la secuencia de Pentecostés: *Da tuis fidelibus, in te confidentibus, Sacrum septenarium*, «Dad a vuestros fieles, que en vos confían, el septenario sagrado».

El Espíritu Santo, que ya hemos recibido en nuestro bautismo porque la gracia santificadora, como dice Santo Tomás de Aquino, se llama "la gracia de las virtudes y los dones". Siempre tiene a su alrededor las virtudes sobrenaturales: las tres virtudes teologales (Fe, Esperanza, Caridad) y las

virtudes morales sobrenaturales (Fuerza, Justicia, Prudencia, Templanza).

El hombre, puesto que es un ser racional y libre, va por sus propias acciones hacia Cielo. Pero el Cielo no se puede alcanzar naturalmente sin la ayuda divina. Esto es lo que nuestro Señor le dijo a sus apóstoles: «*Sin mí nada podéis.*» Puedo levantarme o sentarme sin la ayuda de la gracia, pero sin ella no puedo hacer nada que sea meritorio para el Cielo. Así debemos adquirir virtudes: es la perfección de nuestra naturaleza humana, de nuestro ser. Cada animal va a su propia perfección por instinto.

El hombre va a su propia perfección consciente y libremente: es nuestra dignidad en tanto que imágenes de Dios. Estas virtudes humanas, descritas abundantemente por los filósofos antiguos, corren el riesgo, debido a las consecuencias del pecado original, de nunca estar profundamente establecidas. Por eso Dios las apoya con virtudes y dones infundidos con la gracia.

Las virtudes humanas que hemos de adquirir se alcanzan a la manera que trabaja un deportista: por ejemplo, en el tiro con arco. El tirador se entrena y cuanto más entrena, más fácil le es dar en el objetivo. Esta es la característica de la virtud: hace que nuestras acciones buenas, sean más sencillas y perfecciona al hombre virtuoso. El deportista, a fuerza de entrenamiento, adquiere la virtud del buen tirador con arco. Puede dar fácilmente a un objetivo que esté al alcance humano. Pero para alcanzar un objetivo que esté fuera de alcance, ¡su entrenamiento no es suficiente! Necesita la infusión de un poder que pueda alcanzar un objetivo inalcanzable por la fuerza humana. Es el papel de la virtud divina que sale a la ayuda de la virtud adquirida; porque si no has alcanzado la virtud, el poder sobrenatural no vale para nada. Por lo tanto, la adquisición de virtudes es necesaria, pero la gracia también es necesaria para que estas virtudes sean meritorias para el Cielo.

¿Y los dones del Espíritu Santo en todo esto? Cuanto más lejos está la diana, más pueden interferir los elementos externos en el tiro. Es lo mismo para nosotros: nuestra debilidad, nuestros pecados, nuestras faltas son tantas las causas que pueden perturbar el progreso hacia el Cielo. Entonces el Espíritu Santo vendrá a corregir lo que es demasiado humano en nuestras virtudes. Los dones del Espíritu Santo nos permiten elevarnos desde dentro y someternos al aliento divino. Estamos mejor equipados por ellos. Pero si

no hay acción libre y personal, entonces los dones son como velas que permanecen plegadas. Entonces seríamos como marineros que quieren cruzar el océano con remos teniendo velas en el barco.

Los dones del Espíritu Santo son siete, cifra de perfección en las Escrituras: consejo, temor de Dios, piedad, inteligencia, fortaleza, ciencia, sabiduría.

- ***El consejo*** sostiene a la virtud de la prudencia: dirigir toda la vida por medio de la elección de medios proporcionales a nuestro fin. Quiero ir al cielo, tengo que tomar los medios. Y tenemos muchas opciones entre las que elegir, decisiones más o menos importantes que tomar. Debemos ser dóciles a los consejos del Espíritu Santo, que no decidirá por nosotros (esa no es la idea) sino que nos iluminará sobre las decisiones correctas. Actuará en la oración, a través del consejo de un sacerdote, etc. Por lo tanto, el don de consejo no es el cortavientos de la indecisión, sino un apoyo sobrenatural a la virtud de la prudencia.

- ***El temor de Dios*** sostiene a la voluntad para no amar a Dios por razones equivocadas. No es el miedo servil (miedo al castigo divino) sino el miedo filial, es decir, el miedo a ofender a Dios porque Él es nuestro Padre. Es la perfección del amor: no queremos causarle el más mínimo desagrado a Aquel que sabemos es infinitamente amable con nosotros. Esto es lo que decimos en el acto de contrición. ¿Por qué tengo miedo de pecar? «*Porque Dios es infinitamente bueno e infinitamente amable y le desagrada el pecado.*» El don del temor de Dios, por lo tanto, sostendrá nuestro deseo del Cielo al hacer que amemos a Dios concreta y efectivamente por las razones correctas.

- ***La piedad*** sostiene a la virtud de religión. En la Misa, el Espíritu Santo ora con nosotros, dice San Pablo, gemidos inenarrables para hacernos reconocer la majestad de Dios. La piedad es el buen hábito que los padres naturalmente tratan de desarrollar en sus hijos: un sentido de gratitud y deber, respeto y obediencia hacia aquellos a quienes les debemos algo. Es lo mismo para Dios. Debemos darle culto, la adoración que se le debe. Y tenemos que entrar en el sacrificio de Jesucristo porque nuestros sacrificios y nuestras oraciones por sí solos serían demasiado débiles e ineficaces. La piedad se expresa especialmente en el momento del ofertorio: la pequeña gota de agua que vertemos es el regalo amoroso, filial, de todos nosotros: la ofrenda de todo nuestro ser en el único El amor de Cristo por su Padre.

• ***El don de inteligencia*** no hace que los débiles de espíritu sean inteligentes. Sirve para sostener la virtud de la fe. Todavía es más concreto. La virtud de la fe nos permite adherirnos a lo que Dios nos revela: «*Lo que me dices es cierto.*» ¿Por qué es cierto? No por la obviedad del asunto. La Santísima Trinidad, por ejemplo, no es obvia. Si digo : « $1 + 1 = 3$ », tu mente se altera. Entonces, ¿por qué puedo decir que las verdades de fe son ciertas? Porque el que me lo dice no se puede equivocar, es Cristo, el mismo Hijo de Dios.

Sin embargo, penetrar en su profundidad, sumergirse en el Misterio, solo puede ser obra del Espíritu Santo. Por ejemplo, cuando ves un artículo de fe con una nueva agudeza cuando lo habías escuchado miles de veces, ¿de dónde viene? Viene del don de inteligencia que sostiene la fe. Los santos entienden la revelación más agudamente que los más grandes estudiosos.

• ***El don de fuerza*** es bastante obvio. Sostiene a la virtud de la fuerza que no es la fuerza física sino la fuerza moral necesaria frente a las dificultades y especialmente en relación con el mayor obstáculo de nuestra vida que es la muerte. Todos los escritores hablan de esta fuerza del alma necesaria para comprometernos con la santidad y para sobrellevar las pruebas de una manera cristiana. En su Pasión, por ejemplo, Nuestro Señor nos muestra la eficacia del don de fuerza.

• ***El don de ciencia*** nos hace ver las cosas de la tierra bajo la mirada de Dios. Desde el pecado original tenemos una tendencia a ver a las personas y los eventos, solo a través de nuestros ojos humanos. Por ejemplo, en el Evangelio, el episodio de la mujer adúltera. Los fariseos solo ven a esta mujer a través de una mirada humana y piden su lapidación. Cristo no niega la realidad de su pecado, pero lo ve con una mirada más elevada, a la luz de Dios mismo. El Espíritu Santo nos enseña a ver todas las cosas con el «ojo» de Dios. El que te desagrada, aquel por quien no tienes mucho afecto, no es solo eso: es un alma salvada por la sangre de Jesucristo. Ese pagano, tal vez aún no sea cristiano, pero ¿qué me impide amarlo y desear su bien? Es posible si le miro con la mirada de Dios.

• ***El don de sabiduría***, vinculado a la caridad, nos hace degustar, saborear a Dios y las cosas de Dios («sabiduría» viene del latín «*sapere*» degustar, saborear). El Espíritu Santo nos enseña a experimentar que el Señor es bueno y que toda cosa es buena en sí misma. La sabiduría es el culmen de

los dones como la caridad y es la reina de las virtudes. Nos sostiene en el camino hacia el Cielo, difundiendo en nosotros y alrededor de nosotros la dulce bondad de la Misericordia divina.

Finalmente, es la secuencia de Pentecostés la que nos da la mejor idea de la acción concreta pero misteriosa de los dones. Todo sucede en las profundidades de nuestras almas, a poco que las abramos de par en par al soplo del Espíritu.

«Vos sois el mejor Consolador, el dulce huésped de nuestra alma y su dulce refrigerio. Sois descanso en el trabajo, alivio en la aflicción y consuelo en el llanto. [...]

Lavad lo que está manchado, regad lo que está árido, curad lo que está enfermo. Doblegad lo que es rígido, enfervorizad lo que está frío, dirigid lo que está descarriado. [...]

Dadles el mérito de la virtud, dadles el buen éxito de la salvación, dadles el gozo eterno.»

Citas

¿Por qué una octava?

Es el espacio de ocho días que transcurre desde una fiesta hasta el día que concluye su solemnidad y que, rigurosamente hablando, es aquel día al que se refiere este nombre, Octava dies, el octavo día.

*Las Octavas de Pascua y Pentecostés, bajo el nombre de Semanas, se remontan a la cuna del Cristianismo y son simplemente la continuación de las mismas Octavas que se celebraban bajo la antigua ley, con el único cambio de las figuras en la realidad. **La Liturgie catholique (La liturgia católica), Padre J.B.E. Pascal***

*[...] consideremos los oficios del Breviario para Pentecostés y su Octava como los más importantes, quizás de todo el año. **Beato John Henry Newman***

Cuando en el día de Pentecostés el Espíritu Santo llenó a los discípulos del Señor, no fue el comienzo de un don, sino una generosidad añadida a otras: los patriarcas, los profetas, los sacerdotes, los santos que vivieron los

tiempos antiguos fueron alimentados por el mismo Espíritu santificador ... aunque la medida de los dones fuera diferente. San León Magno, Sermón 76 : PL 54, 405-406

Lo que el alma hace en todos los miembros de un mismo cuerpo, el Espíritu Santo lo hace dentro de la Iglesia entera. San Agustín, Sermón 267, 4 : PL 38, 1231

Si no hay Iglesia sin Pentecostés, no hay tampoco Pentecostés sin la Madre de Jesús, porque Ella ha vivido de una manera única lo que la Iglesia experimenta todos los días bajo la acción del Espíritu Santo. Benedicto XVI - Audiencia general - 14 de marzo de 2012

«Él os dará otro Consolador: el Espíritu de Verdad.» La fe, como conocimiento y profesión de la verdad sobre Dios y el hombre, nace de lo que se escucha; y «lo que oímos es el anuncio de la palabra de Cristo», dice San Pablo (Rm 10, 17). Benedicto XVI, Misa del Espíritu Santo 26 de mayo de 2006

Entonces será el Espíritu Santo quien enseñará todas las cosas a los discípulos y les recordará todo lo que Cristo ha dicho (cf. Jn 14, 26), porque él es el Espíritu de verdad (cf. Jn 15, 26), para introducir a los discípulos en toda la verdad (cf. Jn 16, 13). Benedicto XVI, en Verbum Domini, del 30 de septiembre de 2010